

## *La columna como cátedra*

LETICIA ESCARDÓ\*

**A**l cumplirse los 40 años de la fundación de la *Revista de Occidente* en 1963 llamaron a D. Julián Marías para dar una conferencia que glosase la efemérides y que tituló “Lo esperado y lo sucedido” (recogida después en el libro *El tiempo que ni vuelve ni tropieza*, editado por Edhasa Madrid, 1964) que tuvo, por cierto, unas críticas por entonces feroces. Comenzaba así: “Nada humano se entiende si se tiene en cuenta sólo la realidad... es preciso contar con las expectativas, sin esto todos los elementos que componen nuestro mundo son abstractos... dicho con mayor energía ni es ‘nuestro’ ni es ‘mundo’”.

Pues bien, apliquemos este método al tema del periodismo en Julián Marías. ¿Qué expectativas durante 70 años de comparencias

regulares ha tenido Marías al publicar en las páginas deletéreas de los periódicos?

Dejemos que sea la voz de Marías quien dé cuenta de su particular porqué en este asomarse a la plazuela de los periódicos. “Siempre he dado mucho valor a la colaboración en diarios. No sólo por llegar a amplios grupos que no tienen habitual acceso a los libros, sino porque el periódico permite tratar asuntos que requieren la extensión del artículo, y no más; hay además la posibilidad de escribir series de artículos, cada uno con su individualidad, destinado a ser leído aisladamente, pero que después se suman en la mente del lector y forman un conjunto de doctrina vivaz y fácilmente asimilable. Algunos de mis libros han sido publicados previamente en periódicos, y no creo que sean de los peores. Por si faltaba algo, el diario es una excelente escuela de escribir bien: obliga a decir en pocas palabras, con claridad y algún atractivo

lo que hay que decir. El atractivo es primordial, porque sin él se pasa por alto el artículo, y es trabajo perdido”.

Hay en Marías otra razón fundamental, no sólo es que sus dos maestros más estimados, Unamuno y Ortega, escriben —¡y cómo escriben!— en las páginas de los periódicos con asiduidad (dice Ortega en carta al director de *El Sol*: “la prensa es una fuerza histórica, elemental y tremenda”)...y es que Marías no tiene cátedra y sí una gran vocación didáctica. Reabsorbe su circunstancia vital y transforma y vuelca su pedagogía en las páginas de los periódicos, de forma que sus columnas —galeradas en el viejo argot de imprenta— son lecciones.

Pero no hay que olvidar que los periódicos son como el pan, que al día siguiente está duro. Y sin embargo y a pesar de este soporte fragilísimo, el periódico ha sido elegido por nuestros mejores pensadores desde hace más de doscientos años para testimoniar su diaria preocupación. ¿Por qué? Esta es una de las grandes peculiaridades de España.

Yo creo que existen varias razones para intentar explicar esta peculiaridad. En primer lugar, por puro afán didáctico, por tener acceso a un público más amplio, pero también por necesidad económica, no hay que olvidar lo que decía Larra, que “escribir en España es llorar”, y cobrar los derechos de autor de los libros de filosofía es algo aventurado e impredecible, con lo que no se puede contar a fin de mes. En cambio, la prensa paga mal, pero al contado...

Ante el tema del lábil soporte, es decir la fórmula de rescatar la lección del envoltorio, es publicar en formato libro una selección de artículos. Y de nuevo nos encontramos con una extraña particularidad: una gran mayoría de libros de pensamiento en España han sido antes y en primer lugar columnas de opinión.

Vamos pues a mirar el periodismo de Marías, poniendo en uso la filosofía de la razón vital,

es decir narrando biográficamente y anotando al paso, si es posible descubrir, la dirección y energía del vector: esto es la expectativa y el temple desde el cual han sido escritos sus artículos.

El pensamiento de Marías no ha tenido vaivenes, ni sufrido conversiones. Es de gran coherencia y continuidad a lo largo de su dilatada vida. Es de una calidad, claridad y profundidad deslumbrantes. Sus escritos periodísticos también. Son fiel reflejo de su pensamiento. Se caracteriza éste además por su independencia, y en prensa esta independencia le ha mantenido siempre dispuesto a marcharse de los medios cuando no le gustaban las circunstancias, se fue de *ABC* en julio de 1960 porque Fernández de la Mora se había hecho cargo de las críticas de libros y estuvo 22 años sin escribir en sus páginas, y se fue también del *Noticiero Universal* de Barcelona porque sus propietarios lo vendieron, y se fue también de *El País* después de haber ayudado a fundarlo y de haber escrito múltiples artículos de opinión durante dos años.

Su pensamiento se caracteriza también por el afán de ser libre ejerciendo la libertad, “siempre existe la que uno se toma”, aun en tiempos en que ésta escaseaba. En prensa su pensamiento ha tenido además un acercamiento a la circunstancia —el lector sabe a qué se está refiriendo sin acaso nombrarlo— pero siempre trascendiendo estas mismas circunstancias, de forma que el lector extrae del artículo una visión filosófica. Y se puede leer con provecho cuarenta años después.

Esta característica de Marías convierte a su lector en cómplice de su pensamiento, aun del no explícito.

Mi hipótesis primera, al revisar muchos y muy variados artículos de Marías — los he aglutinado en torno a cuatro periodos bien diferenciados, 1937, 1952, 1977 y 1990—, es que no cabe distinguir en los artículos de Marías periodos temporales. Sus escritos tienen un estilo formal, identificable ya desde el periodo de la Guerra y un temario semejan-

te aun durante la guerra “incivil”. Leeremos algunos escritos del *Blanco y Negro* republicano, en esta época además escribe también en *Hora de España*, *Cruz y Raya*.

O durante el primer franquismo: escribe muy poco en la década de los ‘40: en 1941 en *Esorial*, *Arte y Letras*. Es a partir de 1951 cuando sus artículos comienzan en España a tener audiencia, periodicidad y difusión: escribirá en *ABC* durante 10 años, después en *El Noticiero Universal* y *La Vanguardia*.

O durante la transición, escribe en *La Vanguardia* y en *El País*. O durante la etapa socialista (*ABC*). Sus temas giran entorno a filosofía, España, persona.

La segunda hipótesis es que el temple desde el que están escritos la gran mayoría, la inmensa mayoría de los artículos es de optimismo, están cargados de ilusión de la buena, de esperanza. Me ha costado encontrar artículos escritos desde la ira o la destemplanza, desde la incredulidad o el negativismo. Desde una cierta tristeza sí. Y les pongo un escrito relativamente cercano, como ejemplo:

“Me pregunto, y no tengo respuesta, cuál es la situación al llegar a su final el siglo XX. Sin duda las diferencias son enormes; pero veo, en todo lo que conozco, síntomas inquietantes. En muchos lugares, los hombres son ‘menos’. Esto ha ocurrido muchas veces, y de ahí los desniveles de la historia. Hay ascensos y descensos, conquistas y renunciaciones, tomas de posesión y abandonos de la propia realidad. Se sospecha que se esté gestando una general decadencia. Tantas cosas son inferiores a lo que han sido hasta hace poco tiempo. Detrás de la jactancia, de la estruendosa proclamación de ficticias ‘identidades’, se percibe un vacío, un desconocimiento de aquello en que podría sustentarse una manera de ser. ... Ese poema de Jorge Manrique, que pueden leer todos, que podrían saber de memoria, vale como un símbolo de todo lo que podemos poseer para ser quienes somos y no, como decía don Francisco de Quevedo poco

antes de morir, ‘un vocablo y una figura’”. *ABC*, 20.8.98

La tercera hipótesis es que la expectativa última, en sus artículos, siempre es didáctica, que la verdad refulja. Están escritos, dicho con sus propias palabras: “pensando sobre las cosas, pensar sobre temas mayúsculos o minúsculos, pero siempre temas reales, y no convencionales, sin otro fin ni otro límite que la verdad”.

A continuación, el lector encontrará varios artículos seleccionados por temas en torno a esos tres ejes centrales y con un orden que no es casual: filosofía, España, persona.

Abundan más los artículos y ensayos de temas filosóficos en la década de los 50. Están recogidos muchos, casi todos, en volúmenes que irán apareciendo: “La Escuela de Madrid”, “Aquí y Ahora”, “Ensayos de convivencia”, “Ensayos de teoría”, “Idea de la Metafísica”...

En 1952, el día 3 de enero escribe en *ABC* un artículo que se titula “Los objetos, la muerte y el diablo”. Empieza hablando de la cantidad de cosas y chismes que existen en las ferreterías americanas: “La industria, montada sobre las exigencias de una producción creciente: lanza nuevos objetos, que serán después deseados por millones de compradores americanos. Esto es verdad, qué duda cabe; pero a nada tengo más miedo que a las verdades secundarias: al ser verdad nos aquietan; pero al ser secundarias, nos dejan escapar la sustancia de lo que pretendemos comprender.

Porque lo que habría que preguntarse es por qué el lujo americano consiste en aparatos.

Lo que tiene los objetos, aparatos y artilugios americanos es ... argumento. Como las novelas o las obras dramáticas: como la vida misma. Su enorme profusión convierte en una empresa con etapas apasionantes su adquisición y goce.

El primer movimiento —ese que es inocente y no pecaminoso, como enseña sabiamente la

teología católica— es el de comprar todas y cada una de las cosas que se nos ofrecen, y que suelen ser extremadamente divertidas. La reflexión en forma de adición en dólares, frena ese impulso y lo convierte en proyecto articulado. Primero será la nevera, después el televisor... hasta cambiar el coche. ¿Pero para qué cambiar? Se pregunta el europeo. Y con ello llegamos a la verdadera cuestión. A pasar del número prodigioso, los objetos americanos son finitos; muchísimas habas, pero, al fin, habas contadas.

Al fin caí en la cuenta del mendigo americano: no es el que no tiene nada, es el que lo tiene todo, el que no tiene... posibilidades. No cabe más atroz pobreza; y me estremecí de compasión, como ante la imagen tradicional del harapiento que, entre la nieve, devora escaparates. Para estos mendigos el espíritu de caridad ha inventado los nuevos modelos.

Los objetos así dispuestos, como promesas que se van conquistando, son un gran consuelo —la vida necesita siempre consolarse de sí misma, toda ella consiste en un esfuerzo por poner diques y levantar muros en el valle de lagrimas. Sirven sobre todo para no pensar en la muerte. Como toda diversión— se dirá. Sí, pero las otras, las europeas, parece que también nos llevan a la muerte dando un rodeo; y es cierto que aquí se piensa menos en ella que en parte alguna”.

Han pasado cincuenta años y Europa se ha llenado de cosas... y escondemos tras ellas a la muerte. Su relectura es actualísima. Vital y esencial.

En 1963, escribe: “Nada humano se entiende si se tiene en cuenta sólo la realidad. Porque lo humano es siempre y principalmente lo que todavía no es. Si queremos comprender la variación histórica acontecida entre 1923 y 1963, no podemos simplemente comparar lo que entonces ‘había’ con lo que ‘hay’ ahora; tenemos que incluir lo que en el tercer decenio de nuestro siglo se anticipaba, se esperaba o temía, lo que entonces todavía no era, pero constituía

el horizonte de la vida humana —al menos de la vida occidental— en aquella fecha”.

En 1961: “La intolerancia surge cuando ‘no se acepta la realidad’, cuando se ejerce violencia sobre ella como tal realidad, cuando se la ‘descalifica’, cuando no se reconocen sus títulos, su derecho a existir. La intolerancia consiste en querer ‘surprimir’ una realidad, no en dejarla ser lo que es y combatirla porque parece inconveniente”.

En 1963: “Si la muerte de Kennedy ha sido obra del azar de un dementoide, prueba la inseguridad que acecha al hombre; si ha sido a consecuencia del fanatismo, demuestra la inseguridad de lo humano. En un caso y en otro, vemos claro que sólo se puede vivir humanamente sabiendo que la vida humana es una realidad inestable, amenazada, problemática, que sólo se sostiene a fuerza de aspirar hacia lo alto, como un surtidor”.

Y esta es una cita reciente de *ABC*: “Los aciertos y los errores dependen en grado extraordinario de la atención. Me pregunto a veces cómo se ha podido aceptar, en la vida colectiva, en la política, dislates incomprensibles. Se han tragado pasivamente las falsedades más notorias, que se podían descubrir con un mínimo de atención, simplemente al tomar conciencia de lo que se decía.

Se ha hecho caso omiso de verdades luminosas e importantes, que se han dicho o escrito, que habrían sido salvadoras, si se les hubiera prestado alguna atención, en vez de los oídos sordos.

Ahora, por medio de la televisión, además de oír o leer, antes que eso, se ve. ¿Se ve realmente? No estoy seguro. La cara humana es lo más revelador que hay, lo más inteligible. Especialmente la cara viva, en movimiento, con expresión, acompañada de la palabra. Aunque no se entienda lo que se dice, si se habla en una lengua desconocida, el rostro mismo es suficiente para entender, para ver ‘quién’ es el que habla, si es admirable, si es repulsivo, si se puede confiar en él —o en ella—. ¿Cómo es posible dejarse engañar por

el que visiblemente está mintiendo, por el que respira odio, malevolencia, ánimo destructor? Si se mira lo que se está viendo, si se presta alguna atención y se extraen las consecuencias inmediatas, es casi seguro el acierto, la evitación del engaño, el error, la entrega a lo indeseable. ...En mi larga experiencia he aprendido a no confiar más que en la cara de las personas. Esto me ha hecho tener un razonable grado de acierto; tengo la convicción de que mi 'mundo' particular y privado, el que me rodea más de cerca, el que he buscado, es superior al conjunto circundante. Las escasas decepciones que he tenido han coincidido con no haber hecho caso de lo que había visto desde el principio, haber cedido a la 'opinión ambiente', a lo que en medios próximos circulaba como interpretación válida. He pensado que lo que estaba comprobando lo había percibido mucho tiempo antes y no lo había tomado en serio.

El núcleo de todo esto es la actitud ante la vida, el modo como ésta, en lo más personal, se realiza. Las diferencias son enormes, y resultan sobrecogedoras. Los grados de la atención vital, diríamos biográfica, son múltiples. Hay personas que se deslizan pasivamente por la vida, sin prestarle atención a sus contenidos cotidianos, a los días o las horas que las componen. A medida que van pasando, se van desvaneciendo, sin componer una melodía que pueda ser inteligible. En el otro extremo, algunas personas viven 'atentamente', dando a cada fase de la vida lo que reclama para ser poseída, para que pueda incorporarse a una trayectoria coherente.

Es esto más importante de lo que parece, porque se trata de la 'intensidad' de la vida. Si hay una medida de ella, sería la atención, el valor que se concede a cada fragmento, a cada instante, y por supuesto a la manera como se van engarzando en algo que se prolonga hasta la muerte y se proyecta más allá de ella, hacia un horizonte que, no por ser incierto, deja de ser inevitable. Su omisión es el grado máximo de la falta de atención." Está escrito hace cinco años, en *ABC*, 16.9.99, es la por nosotros bien conocida,

pero aún poco ejercitada, filosofía vital, a la que Marías ha dedicado su vida entera. Pero no en exclusiva. Su atención amorosa se ha fijado particularmente en el suelo sobre el que ha elegido vivir:

### *Sobre España*

Dice en septiembre de 1938, en el *Blanco y Negro* republicano: "No se puede perder de vista el hecho de que una generación entera española, la que va a ser decisiva en los años próximos, está en el Ejército. Para ella —por tanto, para el inmediato porvenir de España— va a ser esencial este paso por el Ejército. De lo que los españoles jóvenes saquen de esa experiencia va a depender en buena parte el carácter que tenga luego España, en la paz. Se ve, pues, que la importancia del estilo militar trasciende con mucho de las necesidades inmediatas de la guerra. De la campaña puede salir un tono de vida de dureza, de tosquedad, de cerrazón: una actitud militarista en el peor sentido de la palabra, como la que ha afectado muchas veces a Alemania; podría salir también un estilo magnífico de disciplina, de nobleza, de necesidad profunda de paz, independiente de todos los temores; podría ganarse en la guerra precisamente una conciencia de civilidad plena, afirmada al cesar en la vida militar, que mejorara esencialmente la realidad de España". Son escasamente nueve líneas y la palabra España está repetida tres veces. Marías tiene 24 años, recuerden.

Y añade: "Como la lucha es realmente civil, esto es inevitable: lo que puede hacerse es, en lugar de cultivar ese carácter, que perjudica el desarrollo de la guerra y perjudicará más aún cuando acabe, tratar de hacer que se atenúe y se afirme en cambio más y más el sentido nacional de la contienda. Si se supiera administrar bien, el carácter político de nuestra lucha serviría, precisamente, para evitar el peligro de las guerras nacionales, que es la erupción de los nacionalismos, el cultivo de la patriotería: un riesgo que, si bien de un

modo muy falso, no ha dejado de aflorar entre nosotros”.

Y termina el artículo con estas palabras: “Sería menester dar al Ejército los elementos de una formación pertinente, desde los conocimientos necesarios para ser buen soldado o buen oficial hasta la aptitud general en que eso se funda, sin perder nunca de vista que el Ejército ha de hacer la guerra, y que la hace para acabarla, para afirmar e imponer la paz que ha de seguirla”. Estamos —recuérdese cuando está escrito: en septiembre de 1938— en plena Guerra Incivil, Marías tiene 24 años.

Muchos años después, sesenta años después, Marías escribe sobre la Guerra en *ABC*: “La guerra fue la culminación de una ‘discordia’ que había empezado a engendrarse a fines de 1933 y tuvo una manifestación clara en el otoño de 1934. Se había ido gestando la negación a convivir, el afán de ‘quitar de en medio’ a los que eran distintos; la acumulación de las diferencias y la mentira fueron los grandes instrumentos. Se dice que en las guerras la primera víctima es la verdad, porque en ellas se miente; en realidad, se miente antes, y es la mentira la que por lo general provoca las guerras.

La guerra civil fue una explosión de demencia. No orgánica, ni psíquica, sino biográfica, es decir, social e histórica. Provocada, inducida, manipulada por algunos, ‘consentida’ por una gran porción del cuerpo social. ...En todas las sociedades hay un ‘fleco demencial’ que incita a la discordia, pero normalmente se lo margina y deja inoperante. La anormalidad consiste en que el cuerpo social no resista la tracción de esos dos extremos y se deje desgarrar. Es lo que ocurrió hace sesenta años: el embalamiento, la pérdida del uso de la razón y de la libertad, la aceptación de todo lo ‘propio’, incluso de la criminalidad en grado extremo, que poco antes hubiera parecido inimaginable”.

“Se produjo un levantamiento, ciertamente provocado, pero no justificado, de consecuencias desproporcionadas e imprevisibles.

A él se reaccionó con una represión sin límites. Ambos fracasaron, y ese doble fracaso, prolongado durante casi tres años, fue la guerra civil... Hubo, por ambas partes, heroísmo, sacrificio, abnegación, desinterés, resistencia a la adversidad. Fue un despliegue impresionante de vitalidad, comparable al de 1808, a la resistencia a la invasión napoleónica: España organizó dos ejércitos pujantes, no uno solo, que se emplearon, con admirable esfuerzo, en la destrucción de España, en nombre de ella, movidos por dos ‘patriotismos’ subjetivamente verdaderos, comprensibles dentro de la demencia imperante... ¿Se pudo escapar a ella? ¿Hubo alguna lucidez? ¿Era posible plantear inteligentemente la cuestión? Personalmente, sí; públicamente, dentro de España, por supuesto no; y aun fuera era terriblemente difícil, por las inmensas presiones de la doble propaganda, que usó sin limitación el gran instrumento: la mentira”.

“Toda palabra pronunciada era utilizada, manipulada, aprovechada para fines partidistas. Cabía una triste solución: el silencio. Pero éste era también manipulado”... “La libertad dejó de existir en ambas zonas; se provocó la aceptación de todo lo que imperaba en cada una de ellas, sin exceptuar el odio, la criminalidad desatada en ambas, en dos formas distintas, que fue, con gran diferencia, lo más grave, lo que ha dejado más hondas huellas”. Y continúa Marías: “En el ensayo citado al comienzo formulé un balance de la guerra civil, en seis palabras: ‘los justamente vencidos. Los injustamente vencedores’. No cabe mayor concisión, y es lo que pienso al cabo de tantos años. Es curioso que esta fórmula no ha sido recogida, citada, comentada, ni siquiera para oponerse a ella... Al cabo de sesenta años, es imperdonable. España necesita recobrar absolutamente su libertad frente al pasado, condición de que sea libre para el porvenir.” Son exactamente 60 años, está escrito en *ABC* el 18 de julio de 1996.

Pero no todo fue silencio y mentiras durante la Guerra, nuestro joven Marías por poner otro ejemplo, escribe en noviembre de 1938,

siempre en el quincenal de *Blanco y Negro* republicano:

“Es menester que se pueda seguir de un modo discreto, vivo y veraz, la marcha de la campaña; que no se quede atenido al puro balance de ganancias y pérdidas —el parte—, al elogio hiperbólico y gratuito o a la anécdota, con frecuencia chabacana, que suele dar la prensa. Es necesario que la guerra tenga un sentido en todo momento para los que la hacen, que son todos los españoles, de un modo o de otro”.

España y los españoles ha sido una preocupación constante, en su cátedra de papel.

En *El País* de 25 de enero de 1977, bajo el título “La democracia como método”, dice Marías: “Quisiera que los españoles sintiesen verdadero deseo de democracia. Espero muy poco de lo que no brota de esa realidad fontanal que es el deseo. Sólo de él puede nacer una democracia viva, jugosa, creadora, capaz de reconstruir y configurar a *nuestro* pueblo.

La democracia es un método para plantear los problemas políticos. He dicho plantear, no resolver, porque no es seguro que muchos problemas tengan solución.

La democracia no es algo que se declara o proclama; sino algo que se usa. Y que se usa todos los días en el detalle de la vida política, hasta que se convierte en su órgano habitual de tal manera que no haga falta —ni siquiera— hablar de ella, sino ejercerla, como quien respira”.

También en 1977 y en *El País*, escribe “Un ensayo para la democracia”, que termina: “La política la tienen que hacer los partidos: pero estos tienen que contar con la opinión de los españoles: más aún, tienen que nacer de esa opinión. Por eso lo primero que tienen que hacer es preguntarse qué quieren los españoles. No vaya a resultar que las fórmulas prefabricadas que se les ofrecen —o muchas de ellas por lo menos— no les interesan, no les atraen, por supuesto no les entusiasman... Es

urgente que se ofrezcan opciones actuales, reales, incitantes a los hombres y mujeres de España”.

En 1983, dice en *ABC*, donde ha vuelto a escribir tras ese paréntesis largo de 22 años: “Desde los primeros tres meses del establecimiento de la Monarquía se lanzó una campaña para promover el ‘desencanto’ —en esa fecha escribí, y lo recuerdo una vez más, un artículo titulado ‘El desencanto como trampa’—. Curiosamente, en 1983 no se habla de ‘desencanto’ —tampoco, como sería más adecuado, de desaliento—. Pero creo que, aparte de tácticas, es bueno que no se fomenten esos estados de ánimo. Explicaré el porqué.

Los españoles siguen siendo dueños de su destino, con una sola condición, que lo quieran así. El poder social es el mayor de todos, ya que el poder político, en una democracia, es mera delegación suya, siempre revocable. La vitalidad española es muy alta... todavía es muy alto el crédito que España tiene, simbolizado y con toda razón, en el Rey y en la garantía que la Constitución, a pesar de sus defectos, establece. Si la democracia española no se vacía de liberalismo, *tenemos* el camino abierto para ser lo que de verdad queramos.”

Son miles de páginas, sin exagerar, las que ha escrito Marías sobre España en setenta años de escribir en diferentes periódicos. En su particular cátedra de papel. Los escritos durante la transición se recogen en *La España Real, La devolución de España, España en nuestras manos, Cinco años de España, La libertad en juego...* Cada libro tiene unas 300 páginas y no se recogen todos los artículos... Pero aun más que el número de artículos asombra la agudeza y premonición de su pensamiento al releerlos 30 ó 60 años después, recuérdese sus escritos al hablar de la Constitución, de las nacionalidades, de la lengua, de las autonomías... Y aun más asombra su talante optimista, su constante fe en “nuestras posibilidades”.

Entreverados con el tema de España, en el periodo 75-90 escribe también sobre personalidades y amigos que han destacado: ha escrito con entusiasmo y generosidad sobre pintores, poetas, filósofos, escritores, cineastas, políticos... Tiene Marías artículos dedicados a Azorín, Machado, Carmen Martín Gaité, Jaime Benítez, Goethe, Victor Hugo, Pedro Laín, Zubiri, García Morente, Ricardo Arredondo, Federico García Lorca, Felipe II, Gerardo Diego, Gilberto Fraile, Jorge Manrique, Juan Pablo II, Pericles, Menéndez Pelayo, Enrique Lafuente, Pedro Salinas, Jimena Menéndez Pidal, Rosa Chacel... y más, muchos más... Yo creo que estos bocetos de retrato hechos en prensa están por recoger en un volumen que fuese algo así como “Los españoles vistos por Marías”. Es una propuesta.

Pero yo creo que su pensamiento vertido en prensa, ha ido convergiendo en los últimos años sobre el concepto de persona. No es que no se asomase durante la guerra civil, y ya veremos con qué intensidad. Veamos cómo trata a la persona desde su mocedad: En diciembre de 1938 escribe Marías, también en el *Blanco y Negro* republicano, una elegía a un amigo muerto: “Y al mes siguiente, después de una enfermedad rapidísima, moría, dejándonos llenos de tristeza y asombro a los que no comprendíamos cómo podía haberse acabado una vitalidad tan pujante y alerta, cómo era cierto que se había apagado una alegría tan alta... Y en este libro, encabezado por tres amigos y maestros suyos, Sbert, Gabriel Alomar y Carles Riba, llega a una calidad poética que hace sentir cuánto ha perdido la poesía española.

‘Escolto la secreta  
harmonia de l’aire  
i l’ardor que tremola  
d’unes grans aigües lliures’”.

Comenta Marías: “No se trata ya de promesas, sino de estos poemas suyos, de los veintidós a los veinticuatro años, que no necesitan indicación de edad como justificación de deficiencias, sino al revés, para subrayar sus extrañas cualidades”. Y termina el artículo

así: “por eso Rosselló era una de las personas que no se han perdido en estos años. Tenía estas dos condiciones —ardor y claridad— que hacen falta para cruzar sin menoscabo íntimo estos años durísimos y turbios que nos está tocando vivir a los españoles. Y sin perderse, entero y sin fallas, se ha encontrado a sí mismo definitivamente, en la muerte, demasiado pronto. Sin ir tan lejos como hubiera querido. Sin haber llegado siquiera a la paz”. Estamos en diciembre de 1938... Ese amor a la poesía es otra constante en Marías.

En el *ABC* de 14 de noviembre de 2000, escribe: “Lo humano cambia, es siempre variable; más aún, consiste en variación, que puede ser ‘argumental’, proyectiva, brotada desde dentro, auténtica, o bien caprichosa, anárquica, desorganizada, o también suscitada desde fuera, resultado de azares o manipulaciones. Si se examina la variación de la sociedad española en el último cuarto de siglo, sorprende su magnitud; pero habría que filiar sus diversos aspectos, el origen de cada uno de ellos, su grado de verdad, su balance de ganancia o pérdida, de dilatación o angostamiento.

Los cambios parecen casi siempre mayores de lo que son. He comentado en ocasiones que la guerra civil en las dos zonas, pareció la desaparición de casi todo lo existente, barrido con dos violentas y contrapuestas escobas. Y, sin embargo, al cabo de unos años se descubrió que gran parte de lo desaparecido seguía existiendo, vivo, más que lo recubría con una extraña superficialidad.

En el maravilloso libro de Pedro Salinas *La voz a ti debida* se leen estos versos: ‘Ay, cuántas cosas perdidas que no se perdieron nunca: todas las guardabas tú’.

Cuántas cosas guardaba la realidad española, encubiertas, escamoteadas por la violencia y la imposición, que iban emergiendo, de las cuales habíamos seguido viviendo soterradamente y que volvían a la superficie. Los biólogos hablan de pseudomorfosis; también se dan en lo humano, en la historia. ‘A distin-

guir me paro / las voces de los ecos', dice otro poeta, Antonio Machado. Otro tan grande como ellos, Joan Maragall, pedía a Dios que nos permitiera ver las cosas 'amb la pau vostra a dintre del ull nostre'".

Volvamos a enero de 1939, otra vez en el *Blanco y Negro* republicano, escribe Don Julián: "Hace dos años que se nos murió a los españoles don Miguel de Unamuno. Todavía no nos hemos dado bien cuenta de esa muerte ocurrida durante la guerra, que aún dura en este momento. Y la guerra da una extraña presencialidad a las cosas. Es una unidad, como un paréntesis en nuestra vida, y todo lo que dentro de ella sucede parece persistir en su presencia; parece que mientras la guerra sea actual, lo es también. Así, la muerte de Unamuno, que no sentimos como algo pasado, como algo que ocurrió hace 'ya' dos años, sino que ha sido 'hoy', en este 'hoy' angustioso de dos años y medio, como si fuese el día inacabable de un astro gigante de rotación pausada. Un día que también parece muchas veces noche y sueño, pesadilla trágica que interrumpió nuestra vida vigilante; y así la guerra entera tendría la unidad del sueño, y éste sólo sería pasado al despertar. Y cuando despertemos, sólo propiamente entonces, vamos a echar de menos a don Miguel de Unamuno y a preguntarnos con afán por él". Y añade: "Pero conviene no olvidar una cosa: y es que Unamuno no está hecho y concluso, ni tampoco su obra, sino que dependen de los demás, de los hombres posteriores. El presente reobra sobre el pasado y lo hace ser de nuevo; pero no por sí, sino en el presente. Lo que una cosa es, depende de lo que será, aunque parezca extraño...". Y termina el artículo con estas palabras: "No acabará de saberse —ni de tener realidad— el sentido último de algunas intuiciones de Unamuno mientras no se saquen de ellas —si se sacan— sus consecuencias extremas. La respuesta suficiente a aquellas preguntas sólo podrá encontrarse en el Unamuno que tendremos que hacer. La decisión corresponde al futuro. Y este es el signo en que se reconoce su fecundidad y su importancia. No se puede decir todavía qué ha de ser aún don Miguel,

cuál es el Unamuno que perdurará entre nosotros. Con esto queda dicha la urgencia del tema. Aquí no se puede hacer más que formularlo y dejarlo pidiendo respuesta. ...Hoy interesaba sólo recordar la significación de Unamuno, a los dos años de haber dejado, en soledad y seriedad, la vida pasajera, para avanzar hacia la otra perdurable".

Ojo. Estamos en la España republicana de enero de 1939, en plena guerra civil, recordemos la edad de don Julián, tiene 24 años. Esta extraña precocidad está quizás explicada en otro artículo de Don Julián.

Es en *El País* del jueves 13 de enero de 1977. Marías tiene 63 años y recuerda y cita largamente un artículo escrito por Unamuno en 1934. (Marías ha recordado cada 31 de diciembre de cada año al Rector desde aquel 1936) "Bendito siglo XIX, el napoleónico, el liberal. Estúpido le ha llamado alguien. ¿Quién sabe si en 1980 no se le llamará al siglo XX loco o energúmeno? En este siglo que se anuncia antiliberal, antiindividualista ¡qué absurdas individualidades —que no personalidades— se alzan como exponentes de colectividades sin juicio! ¿Es que cabe nada más impersonal, mas borroso, que ese pobre Führer, un deficiente mental y espiritual? ¿Cómo puede fascinar a una masa humana —no digo un pueblo— un sujeto de tan escandalosa ramplonería?" —continúa Marías citando a Unamuno— 'Y ahora mira tú mi mozo, mi compañero, tú que me miras al cruzarnos con mirada inteligente, defiende y guarda tu mocedad, tu juventud. Defiéndela contra esa falsa juventud colectiva, de coro, de comparsa y de parada; defiende tu personalidad. Y cuando nos volvamos a encontrar en la calle, sábetete que te tiendo una mirada de ayuda y de socorro. *Y para que mantengas en el cimiento de tu alma el sentimiento de la vida continua de que te hablaré otra vez*' — hasta aquí la cita de Unamuno—. ¿Lo hizo alguna vez?, Creo que no, que no llegó a hablar de ese sentimiento de la vida continua. Quizás adivinaba que es lo que suele faltar en la juventud, y es el punto donde resulta más vulnerable..."

Y termina el artículo Marías preguntándose a su vez: “¿No valdría la pena preguntárselo en voz alta, pensando en los jóvenes con quienes cruzamos hoy la mirada?”

Pero es que a Marías con 20 años le debió de impactar el artículo de Unamuno en *Ahora*, un Unamuno a quien acababa de conocer en Santander, él era un joven, aquel joven de 20 años en aquel 1934 al que Unamuno llamaba en aquel memorable discurso de despedida de la Universidad que por su belleza no puedo dejar de —aunque sea muy breve— repetir:

“Y ahora, estudiantes míos, tengo que deciros otra cosa. Sería congojoso que os ejercitarais en el abuso de las armas de fuego —o de las llamadas blancas— y que las escondierais en el mondado libro de matute, pero más congojoso será que os dejéis ganar del ejercicio de otras armas peores. Me refiero a las de la calumnia, la injuria, la insidia y el insulto de que tanto empiezan a abusar vuestros mayores. Os están enseñando a calumniar, a injuriar, a insultar a la generación de vuestros padres y abuelos. Os están incitando a despreciarlos. Os están incitando a renegar de los que os dieron vida.

Vosotros, estudiantes españoles, que os ejercitáis en la investigación científica, histórica y social, en la dialéctica —escuela de tolerancia y de comprensión de la concordancia final de las discordancias; de la coincidencia de las oposiciones que dijo el Cusano— vosotros tenéis que enseñar a vuestros padres —a nosotros— que esa marea de insensateces —de injurias, de calumnias, de burlas impías, de sucios estallidos de resentimientos— no es sino el síntoma de una mortal gana de disolución. De disolución nacional, civil y social. Salvadnos de ella, hijos míos. Os lo pide al entrar en los setenta años, en su jubilación, quien ve en horas de visiones revelatorias rojores de sangre y algo peor: livideces de bilis.

Salvadnos jóvenes, verdaderos jóvenes, los que no mancháis las páginas de vuestros li-

bro de estudio ni con sangre ni con bilis. Salvadnos por España, por la España de Dios, por Dios, por el Dios de España, por la Suprema Palabra creadora y conservadora.

Y en esa Palabra, que es la Historia, quedaremos en paz y en uno y en nuestra España universal y eterna”.

Marías ha sido fiel a esa interpelación durante su vida entera. Seguimos en su cátedra de papel, en su concepto de persona, escrito en la revista *Humanitas* de septiembre de 2000:

“Creo que lo decisivo para que la vulnerabilidad sea una dimensión positiva y valiosa de la vida, para que tenga una significación moral, es que la recepción y aceptación de las heridas no impida la continuidad del proyecto personal. Experimentar las heridas y sentir las vivamente no implica necesariamente ser ‘vencido’ por ellas. Como con el azar, que también con frecuencia hiere, la vida las incorpora y se hace con ellas, incluyéndolas en su textura. Pueden constituir un ingrediente importante de su riqueza, a última hora, de sus posibilidades. Una vez más, la solución es el recurso al sistema que es la vida, dentro del cual encuentran su puesto los diversos ingredientes que la constituyen. Hay un hecho que se convierte en la mayor dificultad: la improbabilidad de ese recurso, la infrecuencia de que el hombre viva desde ese sistema en que verdaderamente consiste. En nuestra época, la fragmentación de la vida es la gran amenaza; la mayoría de las personas vive con una interna atomización, en una curiosa dispersión que dificulta la ‘entrada en sí mismo’, vacía la intimidad y hace precaria la posesión de la propia vida. La clave de todo ello es la condición futuriza de la vida humana. Hasta su término, no está conclusa, no pierde nunca su realidad proyectiva. Este futuro anticipado es precisamente la clave, casi siempre olvidada, de su unidad, de su carácter dramático y sistemático. La existencia de un *terminus ad quem*, de algo a lo que se aspira, hacia lo cual se tiende, es el gran factor de unificación, el que mantiene, hasta el final, la coherencia de la vida. El hombre

que es vulnerable y lo sabe, lleva la cuenta de sus heridas y por eso puede contarlas, narrarlas, poseerlas; no puede perderlas, ni quiere hacerlo. Pero como siempre se narra desde el futuro, aunque el contenido de lo narrado sea pretérito, en él se puede hallar la fuerza para superar las heridas y continuar, con ellas, el proyecto en que se consiste”.

¿Qué se ha propuesto en estos 70 años de escribir en papel de periódico D. Julián? Enseñar. ¿Y qué es para Marías ser profesor?:

Demos un salto en el tiempo y en el espacio (no se nota apenas), estamos en Buenos Aires y es 1983; escribe Don Julián en *La Nación*:

“¿Por qué no pensar, sin prisa, sobre la Universidad? He escrito, en frase tan sencilla, dos palabras que me parecen decisivas y que, tomadas en serio, representarían una profunda Innovación; casi serían revolucionarias. Por una parte, pensar —lo que el hombre de nuestra época rehúye más, lo que elude constantemente—; por otra, sin prisa —cuando todo el mundo anda apresurado, y usa como consigna ‘¡Ahora!’—, y quizás por eso todo es desesperadamente lento y nunca acaba de hacerse—. Cuando se habla de la Universidad —acompañada de las palabras “crisis”, “problemas”, “decadencia” y otras análogas—, casi siempre se habla de leyes; y si no, de estadísticas, porcentajes, representaciones, presupuestos. Sin perjuicio de tocar otro día aspectos distintos, quiero hablar hoy simplemente de un ingrediente de la Universidad que me parece esencial: el profesor”.

Y añade: “El profesor tiene que despertar deseos, aunque no pueda satisfacerlos. Deseo de saber, sin duda; más aún, deseo de ver, de mirar, de preguntarse, de quedarse perplejo, de moverse en un mundo mágico, que el joven casi siempre desconoce y que el profesor descubre, entreabriendo una puerta, quizá sin atreverse a franquearla él mismo”... “Contagiar el pensamiento, pensando ante los estudiantes con ellos, es la función primordial del profesor, la única que justifica su existencia. Si no, ¿para qué? Hay libros y ensayos y ar-

tículos y mapas y bancos de datos. Todo está mejor y más completo en ellos. Lo que no está es el entusiasmo, el gusto por las cosas, esa fruición de que antes hablaba. Sin esos materiales no hay respeto, ni veneración, ni ese sacro estremecimiento que suscita la verdad entrevista o recién descubierta”.

¿Cómo no pensar que esa labor tan primorosamente descrita en las páginas de *La Nación* es la que Julián Marías ha ejercido toda su dilatada vida desde las páginas de los periódicos?